

ÉTICA Y ANAGNÓRISIS

Mauricio Ramos

Universidad Autónoma de Baja California

Introducción

La reflexión que sigue quiere abonar a la indagación sobre las circunstancias y experiencias que transforman nuestras opiniones y actitudes morales. Los mecanismos por los que una persona transfigura su perspectiva ética. Los procesos que ocurren cuando se trata de valorar a otros seres, en su relevancia y merecimientos. También busca pensar los filtros ideológicos que moldean nuestras ideas personales y colectivas sobre la justicia, igualdad o libertad. Por extensión también pudiera acercarnos a temas como los cambios generacionales de valores y las polémicas éticas actuales generadas en los debates entre posturas que no comparten la misma visión del sistema mundo.

La forma política de las discusiones puede localizarse en dos *locus* de opinión: progresismo y conservadurismo. Seguramente es una caricaturización simplista, porque hay cruces y ambigüedades, pero en afán de identificar por lo menos algunos focos de producción de sentido, sirvan estos dos polos para establecer la calidad de las afirmaciones morales. Esta alusión a las inclinaciones políticas sirve además para hacer una declaración de principios. El lugar desde donde se habla

pretende ser progresista, en el sentido de que se estiman los valores de la tolerancia, la inclusión y la no discriminación, es decir, se tiene como esencial para la vida en común, nuestra capacidad de abrirnos a todas las formas de ser, hacer y sentir. Sospechando de los sistemas de antiguo que ejercen aún estilos rígidos de jerarquía y autoritarismo y sus efectos concomitantes en racismo, sexismo, xenofobia, homofobia y toda forma de exclusión e invisibilización de las anomalías.

La factura progresista también viene de la convicción de que el bien común y toda tendencia hacia la consideración, la inclusión y la no discriminación, no son solo actitudes políticamente correctas y éticamente nobles. En todo caso son adecuadas porque responden a las cualidades necesarias para vivir en bienestar colectivo. Es decir, lo correcto y noble de estos buenos hábitos, son tales porque son prácticas más racionales que las que cancelan y excluyen a otros seres humanos. Son más racionales porque ante la conciencia creciente de nuestra naturaleza social profunda y la identidad recíprocamente moldeada, el daño y el mal dirigido a los otros, es igual que violentar nuestra imagen reflejada en un espejo. Emocional y físicamente vivimos más cerca de lo que creemos. Los contrarios están hechos de lo mismo. Cualquier agresión y vilipendio degenera nuestra conciencia moral. Un posible progreso ético viene de la consciencia de que estamos tan

intrincadamente relacionados, que todo perjuicio lanzado pega en contrario en la cara.

Tal vez en términos generales se está tratando de explorar las experiencias subjetivas por las que constantemente se transforma la opinión pública, en su proceso hacia valores de canon más democrático. ¿Cómo se cruzan los puentes que van del control y la censura, hacia perspectivas más libertarias? ¿Qué está ocurriendo en los criterios, cuando desde las aristocracias de diversa raigambre, se camina hacia una horizontalidad humanitaria? ¿En qué momento del desarrollo de la conciencia, se radicaliza y se amplía la distribución de la justicia?

El concepto de anagnórisis es sugestivo porque supone un reconocimiento de algo ignorado, generalmente referido a nuestra relación con los demás, que al mostrarse cómo es, altera la vida por el golpe de la epifanía. Este reconocimiento podría ayudarnos a entender cómo se transforma la opinión del individuo y la sociedad al establecer nuevos saberes y socializar nuevos criterios. Es una experiencia básica humana, el descubrir en un momento avanzado de nuestra vida, que siempre estuvimos equivocados. La inevitable circunstancia en la que se nos manifiestan nuestras injusticias y el daño moral que hemos infringido, debido a opiniones infundadas y creencias no cuestionadas.

Tan sólo el reconocer que hemos ofendido, a veces requiere un largo recorrido de vida, pero por insignificante que parezca este acontecimiento, supone que ya se entró en un recinto donde se presienten más claramente otras presencias y se escuchan más cerca sus voces.

Anagnórisis y tragedia

En su *Poética*, Aristóteles nos dice que la anagnórisis es “el cambio de ignorancia en conocimiento, para provecho o para daño de los que están destinados a la felicidad o a la desgracia”. Es pues un reconocimiento de una nueva condición de la realidad. Entendiendo conocimiento como el efecto de relacionar informaciones y contextualizarlas. No se trata de datos aislados sino una ilación coherente de saberes para dar sentido a las tramas de la realidad. Edipo experimenta la anagnórisis cuando se da cuenta de su parricidio y su incesto: “¡Oh luz!, sea este el último día que te vea quien vino al mudo engendrado por quienes no debían haberte dado el ser, contrajo relaciones con quienes le estaban prohibidos y mató a quien no debía” (Sófocles, 2000, p. 110). No se puede ser el mismo cualquiera que se descubre como asesino de su padre y amante de su madre. A pesar de la atenuante de la ignorancia sobre su parentesco, la culpa lo colapsa

y se autocastiga sacándose los ojos. Tal como Milán Kundera lo señala en la *Insoportable levedad del ser*, “Edipo no sabía que dormía con su propia madre y, sin embargo, cuando comprendió de qué se trataba, no se sintió inocente. Fue incapaz de soportar la visión de lo que había causado con su desconocimiento, se perforó los ojos y se marchó de Tebas, ciego” (Kundera, 1996, p. 186). Estar efectivamente ajeno a la trama de su vida, no lo escudó del horror de su escenario ni de la culpa de sus actos. En este caso la ignorancia es un descargo moral que produce compasión a los espectadores, pero no alcanza para salvar del remordimiento al protagonista. Porque se espera que, aunque dañemos por equivocación a un inocente, sintamos vergüenza y descomposición de ánimo. Un ser humano con brújula moral afianzada no es indiferente al dolor que ha infringido, aunque tenga la disculpa de la ignorancia.

Kundera cuestiona al régimen comunista checo que, con el espejismo del paraíso en la tierra, persiguieron y asesinaron con entusiasmo fanático, solo para descubrir que habían sido engañados. Ya que creían de buena fe en un sistema benefactor, al ser acusados de asesinos, defendían la inocencia de su alma. Por eso Kundera cuestiona “¿es inocente el hombre cuando no sabe?, ¿un idiota que ocupa el trono está libre de toda culpa sólo por ser idiota? [...] ¿No reside precisamente su irremediable culpa en ese “¡no sabía!, ¡creía de

buena fe!?” (p. 187). Kundera parece decir que existe una culpa *a posteriori*, venida de la simple cuestión de que somos capaces de reflexionar en retrospectiva sobre nuestros actos. La versatilidad de nuestros criterios morales, vienen de la experiencia histórica humana, de sus narrativas y sus moralejas. Pero sobre todo de nuestra dedicación a pensarlas para alimentar nuestro criterio. Si fuimos los fiscales que permitieron ejecuciones con engaños judiciales, eso no nos exonera de cuestionar el poder, el derecho que dan las investiduras, la responsabilidad de tener la vida de otros en las manos, de repartir la vida y la muerte como un Dios enloquecido.

El enojo ante quien quiere ser exonerado por sus equivocaciones, viene de que pareciera que solo actúan como ratas ante el fuego, quieren salir como sea del lugar. Desean ser exonerados ante la tribuna pública porque saben que pudieran morir por la espada que ellos mismos blandieron. En el fondo está el temor de que sus acusadores repliquen su propio estilo ético, y que, de ser así, están perdidos. Prueba de que saben que en algún nivel siempre estuvieron equivocados. No solamente actuaron con injusticia, peor que eso, sus juicios eran esencialmente incorrectos. Se trata del reconocimiento de que la forma y el sentido de la realidad moral con la que jugaron, eran inválidos hasta la médula. Que en su peor versión, siempre supone el

desplante de fantasías perversas de abuso de autoridad y de la prepotencia del deseo. Además de que toda fantasía caprichosa ejercida desde el poder siempre tendrá el aval de leyes justificadoras bien aceptadas y derechos alineados bien ajustados.

Dice Hannah Arendt que “moralmente hablando, casi tan malo es sentirse culpable sin haber hecho nada concreto como sentirse libre de toda culpa cuando se es realmente culpable de algo” (Arendt, 2003, p. 177). Sentirse libre de toda culpa implica no haber dado espacio al silencio y la soledad reflexiva. Esos momentos de ajuste de cuentas que dan sentido a nuestros actos. En *Eichmann en Jerusalén*, Arendt dice que “Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión —que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez— fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo. [...] tal alejamiento de la realidad y tal irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana” (p. 171). Arendt de alguna manera propone un desenlace para el cuestionamiento sobre la culpabilidad que hace Kundera. Esto es, no solamente se requiere el ejercicio de la reflexión para encontrarse de frente a la culpa y la responsabilidad, sino que esta experiencia es imprescindible para no seguir incurriendo en atrocidades.

La ceguera de Edipo y su simbología como sabiduría reflexiva es un tópico cuestionable, pero sigue siendo sugestivo. La ceguera tal como se ha sugerido, supone una vuelta hacia sí mismo, un mirar hacia adentro, el momento en que se trata de reconocer al yo, investigar sus inmediaciones y su terrible fragilidad. La ceguera así vista es el arquetipo del estadio reflexivo, que evalúa lo ocurrido, en búsqueda de un nuevo sitio desde donde posar nuestra mirada. Después de la ceguera, una vez salidos del laberinto, el sujeto se supone más sabio. Entendida sabiduría como la integración entre el entendimiento y la vida. Un saber navegar entre aporías y contradicciones, un segmento de avance que nos capacita para sortear con más temple el misterio y la falta de sentido. Es tal vez como tener mejor calibrada la realidad y nuestro modesto papel en la vida.

La esencia de la tragedia es que el héroe es arrastrado por acontecimientos imposibles de evadir, que lo envuelven y lo aprisionan como telaraña entre más intente liberarse, solo para terminar indefectiblemente en una zanja existencial, con su sistema de creencia dañado desde su núcleo. El héroe será castigado por el destino, porque termina precisamente en el lugar donde nunca quiso estar. Nietzsche sugiere que la interpretación común de la tragedia es que lo heroico reside precisamente en la resistencia del protagonista al destino y que

su nobleza está en el desafío contra lo inevitable. En su lugar el filósofo da a entender que la tragedia proviene de la propia naturaleza de la existencia. Vivir es terrible, contradictorio, incomprensible, paradójico, sin sentido, un camino que va hacia ninguna parte y que emprendemos como sonámbulos, anota que

El héroe de la tragedia no se evidencia, como cree la estética moderna, en la lucha con el destino, tampoco sufre lo que merece. Antes bien se precipita a su desgracia ciego y con la cabeza tapada: y el desconsolado pero noble gesto con que se detiene ante ese mundo de espanto que acaba de conocer, se clava como una espina en nuestra alma (Nietzsche, 2011, p. 276).

No importa lo prometeico que se pretenda el ser humano o la fuerza con que desee trascender, sus reinos siempre terminan en ruinas y decadencia, en medio de las “infinitas y desnudas” arenas, tal como lo dice el poema Ozymandias de Shelley.

La anagnórisis como giro de la acción se nota también en *Las bacantes* de Eurípides. En la escena final, Agave carga la cabeza de lo que ella piensa es un león que cazó y descuartizó con sus propias manos, pero que, hechizada aún por los ritos a Dionisio, en trance enajenante por la bacanal que acaba de festejar, “con las pupilas en desvarío”, no se da cuenta que lo que trae clavada en el tirso es la

cabeza decapitada de su hijo Penteo. Llega ante su padre Cadmo orgullosa de su trofeo, mientras su progenitor afligido trata de hacerle ver la tragedia en la que ella los ha sumido a todos. Dice Cadmo: “Cuando comprendáis lo que habéis hecho sufriréis con dolor horrible, y si por siempre seguís como estáis ahora vuestra desgracia no parecerá desgracia” (Eurípides, 2000, p. 141). Cadmo ya anuncia que el reconocimiento traerá dolor, y que la ignorancia nos puede salvar del sufrimiento. Una vez que Agave descubre no la cabeza de un león sino la de su propio primogénito exclama “¡Ah qué veo! ¿Qué es lo que veo en mis manos? Veo un grandísimo dolor ¡Infeliz de mí!” (p. 142). De aquí que con el saber viene el sufrimiento. Con la mente despejada se clarifica el escenario. Dimensiona la escala de su acto y la cadena de consecuencias. Reconoce la medida de su culpa y la eterna laceración de su conciencia.

Henrik Ibsen en su obra *Brand* dice “¿La locura tan desconcertada que considera lo malo como bueno?”. Este embotamiento de la conciencia mantiene a Agave en la completa confusión, engañada por sus sentidos a cometido lo indecible y tal como dice su padre, sólo si se mantuviera alienada, narcotizada por la ceremonia, nunca sufriría lo que en la sobriedad le espera. Una vez que sus sentidos se restablecen, el dolor que la empapa no sólo proviene de reconocer el

resto cercenado de su hijo, sino de descubrirse como verdugo del propio objeto de su amor. Como en el Edipo, su crimen tiene el atenuante de la ignorancia y la inconciencia. Solo que indefectiblemente el destino los atravesará con la lucidez, como si la condición de la existencia supusiera la eventual clarividencia de la verdad sobre nuestra vida.

Aclara Aristóteles que “el reconocimiento lo es de personas” (Aristóteles, p. 117), es decir, que es un acontecimiento que se presume entre seres humanos. No un reconocimiento cualquiera de hechos y objetos, sino entramada en la convivencia con los demás. La anagnórisis supone un saber sobre la naturaleza de las relaciones entre individuos. Implica que se trata de una experiencia expresamente moral, porque ocurre como una complicación de convivencia, que desenlaza en sufrimiento y culpa. Para refrendar esta idea, dice además que “el reconocimiento con peripecia traerá consigo compasión o temor” (p. 117). Se entiende peripecia como “la inversión de las cosas en sentido contrario”, que significa que la trama ocurrirá al revés de lo que se espera. La combinación de vuelta de tuerca y reconocimiento para Aristóteles producirá compasión o temor, emociones propias de la experiencia moral cuando existe empatía debido a las adversidades sufridas por otros. Agave al volver en sí, se acusa a sí misma y suscita

compasión. El espectador experimentará piedad, porque no culpa a Agave ni a Edipo, sino a su *disdaimón*, al mal destino que los sobrecoge y resquebraja. Ambos son más víctimas que victimarios, sobre todo porque no son personajes perversos, sino simples agentes del destino.

La anagnórisis implica entonces culpa y necesidad de redención. Solo ocurre en individuos con conciencia moral. Personas que poseen la lucidez como para darse cuenta de la escala de sus actos. Los personajes que la padecen se representan como sujetos racionales que son capaces de contextualizar sus acciones en función de las leyes y costumbres que guían su vida. La anagnórisis parece ocurrir entonces en seres inteligentes capaces de cualificar su acto y asumir las consecuencias del desenlace. Casi todos los personajes asumen los castigos como un camino trazado. Todas las consecuencias se encaran y se asumen. Hay una clara intención de resarcir el daño y redimirse aceptando el castigo. Los protagonistas de las tragedias nunca son locos o ignorantes, son por el contrario aristócratas de mentes educadas y diestros para liderar a pueblos. Características que supone que los personajes confrontaran la tragedia sin evadirse. El trauma moral no es optativo, la mesa está puesta para que el sujeto no pueda escapar de su sufriente responsabilidad. Los héroes tienen que

responder a su pueblo, asumiendo su desdoro con honor, en respeto a las leyes comunes.

Anagnórisis moral

La moral de antaño ahora nos parece perversa o ridícula. Destino que le depara a toda censura o afán prohibitivo: terminar no sólo como una anécdota chusca en el entramado de los usos morales, sino también como prácticas grotescas que avergüenzan nuestra conciencia moral. Entre los talibanes, la policía moral tiene la consigna de reprimir y castigar faltas como mostrar el cabello, hacer ruido con los tacones o mostrar más pierna de lo debido. Parece simplón, pero para las mujeres que lo viven puede ser letal. Desde occidente se vocean como síntomas de barbarie y atraso. Pero tal vez nos molesta porque de fondo tenemos por mucho, esos mismos antecedentes morales. Es fácil encontrar viejas fotos de bañistas amonestados por un policía por mostrar más piel de lo que el pudor permite. Son multas constantes y sonantes, son censuras que implican cuotas. Por supuesto, también encontraremos casos menos divertidos e indignantes, como el de Kathrine Switzer, que en 1967 desafió la prohibición que no permitía a las mujeres participar en el maratón de Boston. En la foto vemos cómo tratan de sacar de la pista a una mujer que se atrevió a pisar tierra de hombres y a correr

hombro a hombro contra los varones. Ahora es indignante y despierta enojo, y quien apoyara la moción de la prohibición, terminaría en el ostracismo. Más ignominiosa es la foto donde un gerente de un motel, James Brock, arrojando ácido muriático en la piscina del lugar para obligar a bañistas afroamericanos a salir del agua. Igualmente, el caso de Ruby Bridge, niña de 6 años que en 1960 se integró a una escuela para blancos escoltada por el hombre armados, mientras los padres de familia le gritaban negra, la escupían, la amenazaban de muerte y le mostraban un pequeño ataúd con una muñeca negra adentro mientras ondeaban banderas confederadas. Peor aún, podemos encontrar aterradoras fotos de las paredes de las cámaras de gas de Auschwitz, arañadas por las desesperadas víctimas.

Una característica común a esos ejemplos es que en su momento las acciones que ahora denunciamos en ellos, en esos tiempos eran aceptados parcial o completamente por la opinión pública, como usos y costumbres pasables. Incluso en el caso de Auschwitz, Eichmann aludía a “la nueva escala de valores prescrita por el gobierno [nazi]”, es decir, se pretendía que una nueva moral se había constituido sobre la base de las tradicionales y los que por ella vivían podían sentirse acreditados.

Un segundo punto es que parece que nos consideramos mejor dotados moralmente para valorar más certeramente los improperios pasados. La memoria histórica y los debates morales que anteriores generaciones llevaron a cuestras, parece que nos heredó un capital de saber ético, trabajado en el caldero de las tensiones sociales.

Esa misma experiencia nos debería habilitar para entender que despotricar contra esas infamias, no nos exenta de seguir cometiendo los mismos pecados. El verdadero problema en los casos comentados es que muestran alguna forma de discriminación y esta no se cancela por decreto. Puede ser que las víctimas propiciatorias no sean ahora las mujeres, los afroamericanos y los judíos, que además tienen capacidad de respuesta, pero si la actitud discriminatoria prevalece, siempre habrá vulnerables de los que se puede abusar. Es completamente factible suponer que existen mujeres ciudadinas que discriminan a mujeres indígenas, a afroamericanos educados que segregan a los afroamericanos de gueto o a judíos que masacren a los musulmanes.

A pesar de ello, parece que por lo menos la mayor parte de nosotros experimentamos un sentimiento de injusticia espontáneo y genuino ante tales iniquidades, pero ¿cómo es que ahora nos asquea algo que antes eran cosas que pasaban y formaban parte del itinerario

de la moral común?, ¿cuál es el punto de inflexión donde se modifica la sensibilidad moral?, ¿por qué hoy avergüenza lo que antes pasaba desapercibido y viceversa?, ¿cómo es que adquirimos luz para considerarnos ahora jueces de las maldades que antes se pensaban actos justos?

La posibilidad de una anagnórisis moral viene de que pudiéramos cambiar nuestras opiniones morales, cuando nos confrontáramos con informaciones que desmienten nuestras actitudes. Esa pavorosa visión de Agave embriagada cargando triunfal la cabeza de su hijo, es un símbolo de muchísimas vesanias modernas. Tal vez sea mucho apostarle a la ilustración, pero los cambios de actitud provienen en parte de un paulatino esclarecimiento de la verdadera naturaleza del otro y un pausado alejamiento de la ceguera mental. Se dice que, por mucho, cargamos la moral de nuestros abuelos, eso significa que nuestros criterios morales son lentos para actualizarse, y que en el camino buscamos desesperadamente mantener nuestras creencias y convicciones con lo mejor que encontremos. Es decir, a pesar de que ostentemos informaciones y saberes bien fincados en la prueba de la ciencia, a veces tendemos a amarrarnos a nuestras peores tradiciones.

El cemento que nos mantiene adheridos a creencias infundadas tal vez se explique mejor desde los sesgos cognitivos. Por ejemplo, la

cognición cultural se refiere a que cada uno de nosotros filtra la información novedosa, protegiendo de antemano nuestra visión preferida del mundo. Si el saber nuevo refrenda las creencias que ya aceptábamos, la digerimos sin dificultad, si por el contrario desmiente nuestro bagaje entrañable de información, el cerebro inmediatamente reacciona para repeler la agresión. Esta repulsión a la contrariedad intelectual es tan poderosa que preferimos negar la realidad y omitir los hechos, que poner en peligro nuestra visión del mundo prefabricada (Klein, 2020, p. 55.). Esto con el aditamento de que transigir con ideas diferentes arriesga los vínculos ideológicos con nuestros iguales o hasta nos exponemos al rechazo y expulsión si se cuenta con nuestra militancia política o religiosa. Esta tendencia tiende a enmudecer a quien disiente, sobre todo si le pega a la necesidad de ser aceptado y formar parte de un colectivo. En medio de debates incendiarios, incluso la ciencia puede jugar a ser condescendiente con las creencias establecidas, produciendo conclusiones complacientes a la opinión generalizada, y por su parte esta aceptara con más entusiasmo las opiniones expertas que más le conforta (Gillie, 1988, p. 52.).

Si Agave se hubiera mantenido aturdida en el engaño de su acción, suponiendo que la cabeza de su hijo era el de una bestia, tranquilamente sostendría su actitud triunfante. Es lo que ocurre cuando

nos movemos ignorantes, inconscientes o peor aún, desatendiendo los hechos debido a la pasión de los prejuicios. Ciertamente que aun los miembros de ku klux klan danzan alrededor de cruces en llamas, pero también sabemos que es comprobable científicamente que el *homo sapiens* tiene su cuna en África y fue originalmente de piel negra. Digamos que pareciera que a gran parte de la humanidad no se le ha diluido la anestesia de sus aprensiones y sus juicios son puro maniqueísmo aldeano. Tal vez la anagnórisis no se aposentará tan violentamente como en las tragedias griegas, no nos caerá como una bofetada al darnos cuenta de nuestros crímenes de sangre, porque nuestros saberes se manejan a medio cocinar y están sesgados prejuiciosamente. Esperamos que el saber fundamentado se imponga sobre las conciencias más abyectas. Que la persona más discriminatoria en cierto momento será vulnerada por la resaca de la vergüenza.

Nuestra identidad de especie no es sólo tema de declaraciones de fraternidad bien intencionada. La consustancialidad humana no se escribe en tarjetas cursis de buenos deseos, sino en los grandes libros de la ciencia, la filosofía y la literatura. Casi toda la historia cultural de la humanidad ha sido la negación sistemática de las semejanzas. Sólo hasta ahora, los saberes científicos y la reflexión más comprometida

con el bien común, constatan nuestra igualdad esencial. Las sustancias que completan lo que somos, en cantidad y calidad son tan coincidentes que nos hace pensar que muchas de nuestras discriminaciones vienen de inflar ciertas particularidades de la otredad que nos incomoda. Como si con muy mala conciencia, nos gustara agrandar los matices y empequeñecer nuestra similitud esencial. Es como si una cicatriz fuera suficiente argumento para justificar la pertenencia a otra especie o como si enalteciéramos un *tic* nervioso por ser la seña de la raza con grandes misiones en la Tierra.

Probablemente la anagnórisis moral no ocurra como las tragedias griegas: ráfagas dolorosas de información terrible, que reclaman culpa y un pago implacable. Tal vez siempre se ha tratado de unos cuantos individuos que sienten vergüenza y buscan redención por todas las víctimas de la injusticia. Pero ahora como nunca, estos inspirados de la virtud, tiene el aval de saberes más depurados y fundamentados. El conocimiento científico y el pensamiento crítico apuntalan lo que antes eran sólo intuiciones llenas de empatía. Es decir, si antes los santos y los filántropos señalaban al cielo y al corazón como motivos para confraternizar, ahora es posible argumentar a favor del humanismo gracias a la antropología, la historia, la genética, la etología, la psicología y otros discursos científicos serios en los que los prejuicios

y la intolerancia nunca encontrarán eco. En el *Cuento de navidad* de Dickens lo señala muy bien el sobrino de Scrooge, cuando dice que esa época es “el único momento [...] en el largo calendario del año, en que hombres y mujeres parecen puesto de acuerdo para abrir libremente sus cerrados corazones y considerar a la gente de abajo como compañeros de viaje hacia la tumba y no como seres de otra especie embarcados con otro destino”. El nacimiento y la muerte siempre serán los puntos de referencia radicales que pondrán en perspectiva nuestras pretensiones de superioridad o importancia personal. De frente a nuestras singularidades siempre se levantará la verdad sobre una naturaleza biológica común y una vida emocional sensible a las mismas afecciones. Es como si no quisiéramos reconocer nuestra fragilidad esencial, una cierta levedad compartida que debería suscitar piedad. Pero tal vez estamos en una etapa en donde requerimos investiduras simbólicas de poder y relevancia, para evitar la resaca que viene del reconocimiento de nuestra condición modesta.

Dice el filósofo Karl Popper que si vamos a buscar razones para justificar nuestras creencias necesariamente las vamos a encontrar, que en todo caso lo atrevido es explorar aquellas que nos desmienten. Una conciencia bien calibrada es autocorrectiva. Desmonta estereotipos, desgaja prejuicios. ¿En qué momento cambiará nuestro

semblante al darnos cuenta de que nuestros enfoques prejuiciosos estaban equivocados? Dicen que nadie ama lo que no conoce, aunque conocer no da el coraje automáticamente para contrariar nuestras inercias emocionales discriminatorias. Lo más probable es que este mundo de guerras santas y crímenes de odio va a pasar por varios bautizos de sangre y momentos de vergüenza y redención intermitentemente, antes de que apenas empecemos a sospechar que hicimos de la historia una absurda y loca carrera de crueldad.

Referencias:

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen.
- Aristóteles. (1946). *La poética*. UNAM.
- Eurípides. (2000). *Tragedias*. EMU.
- Gillie, O. (1988). *¿Quién cree usted que es? Hombre o superhombre. La controversia genética*. Grijalbo.
- Klein, N. (2020). *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Paidós.
- Kundera, M. (1996). *La insoportable levedad del ser*. Tusquets.
- Nietzsche F. (2011). Sócrates y la tragedia. En *El origen de la tragedia*. Alianza.
- Sófocles. (2000). *Siete tragedias*. EMU.